BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA

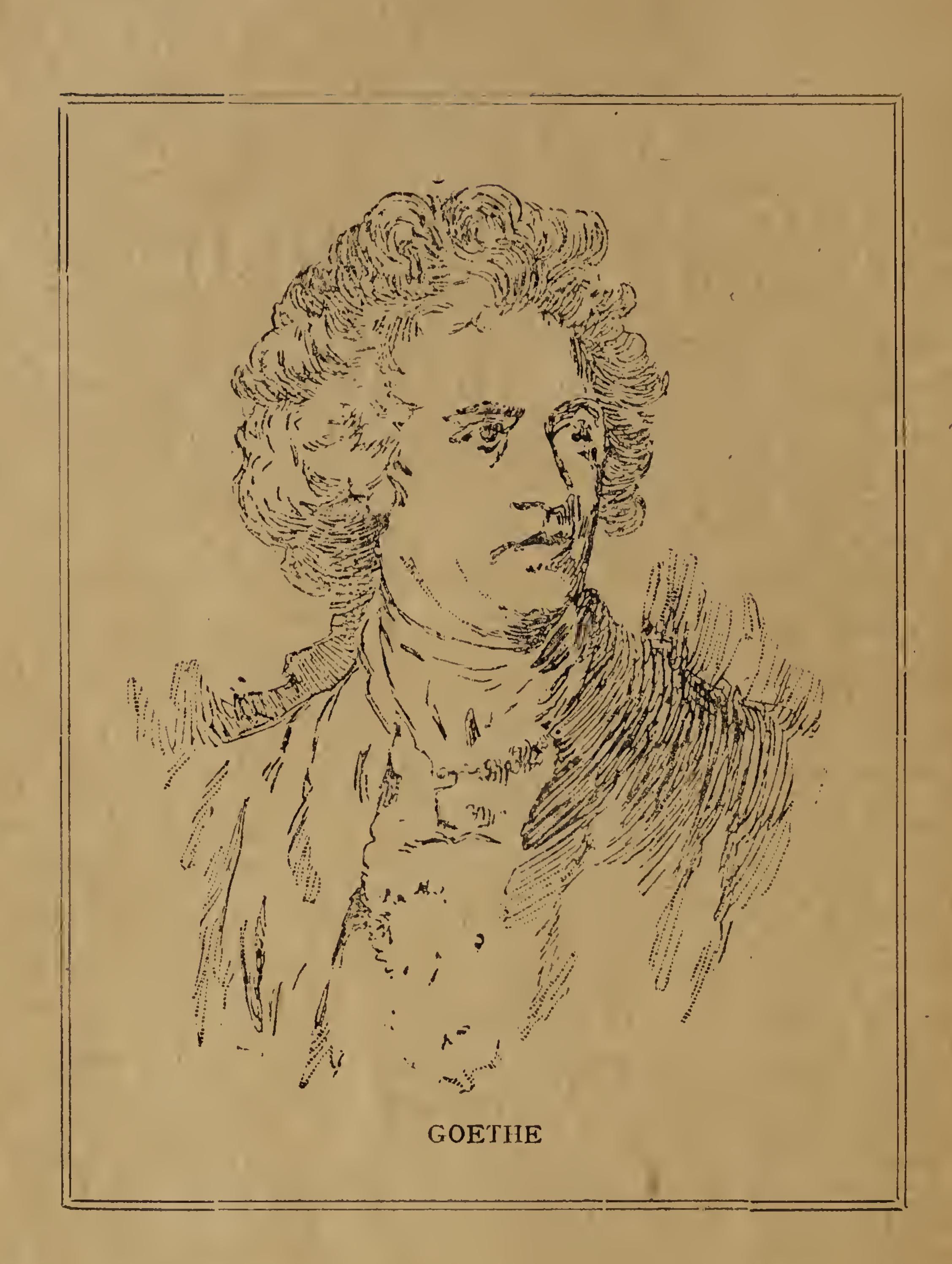
 GOETHE

HERMÁN Y DOROTEA

(POEMA)



MADRID
Oficinas de «La Ultima Moda»
VELÁZQUEZ, 56
1899



GOETHE

PREAMBULO

Entre los principales objetos que se propone nuestra BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA, figura el de dar á conocer, vulgarizándolas, las obras maestras de todas las literaturas. Apelaremos para ello á un procedimiento muy seguido en el extranjero, en ediciones análogas á la presente: el de extractar la obra que se trate de popularizar, cuidando de conservar en ella íntegros los pasajes más bellos, y ofreciendo de los que se supriman un completo y concienzudo resúmen.

Se inaugura esta nueva serie de nuestra BIBLIOTECA con una obra universalmente celebrada, con el poema de Goethe «Hermán y Dorotea,» composición tan sencilla como interesante, idilio tierno y conmovedor, realzado con todas las galas del estilo y con los más delicados adornos poéticos. Propúsose Goethe en su obra presentar un cuadro de la vida de las aldeas alemanas en los calamitosos tiempos de la Revolución francesa, y á la vez conmover á sus lectores con la sentida narración de un episodio amoroso que parece arrancado de la misma realidad. Todo es natural en el poema: la acción, los personajes, admirablemente caracterizados, y los paisajes que sirven de fondo al cuadro; y sin embargo, en la concepción y en la ejecución de este idilio moderno, reinan un arte perfecto y un gusto exquisito. Nunca fué más artístico el candor, ni se presentó más gallarda la inocencia. El lector se siente trasladado, no á una Arcadia convencional ni á un rústico villorrio, sino á una pintoresca campi-

ña, entre gente sencilla, buena, y donde se respira un aire puro y saludable. Goethe realizó cumplidamente en su «Hermán y Dorotea» su constante ideal estético de reflejar la poesía de la vida, de armonizar la belleza y la realidad.

Sería punto menos que imposible reducir á breve espacio los variados episodios que constituyen la vida del famoso poeta alemán Goethe. Nació en 1759 y murió en 1832. Tuvo la fortuna de que sus contemporáneos le hicieran justicia y de que rápidamente se extendiera su fama por toda Europa.—En Goethe se dá además el singular contraste de que rayó á tanta altura en el cultivo de las ciencias como en el de la poesía; y si grande fué su inspiración, grandes fueron también sus estudios.—Conocidas son de todo el mundo las obras maestras que han inmortalizado al poeta de la corte de Weimar: el «Fausto», «Werther», «Guillermo Meister», «Torcuato Tasso», «El conde de Egmont», «Goetz de Berlishingen», y para no citar más, el poema de «Hermán y Dorotea», objeto de las presentes líneas.—El juicio general que de todas las producciones de Goethe puede hacerse, se encierra en las siguientes palabras del mismo: «Todas mis obras son fragmentos de una confesión general.» Y de aquí infiere acertadamente un célebre crítico, que son inseparables en Goethe el hombre y el escritor; porque es el poeta más personal que registra en sus anales la historia literaria.



CANTO I

Desgracia y caridad.

En una pequeña población de Alemania, situada en las provincias del Rhin, ciudad de calles silenciosas y desiertas que le daban el aspecto de una población deshabitada, los dueños de la posada del *León de Oro,* sentados á la puerta de su establecimiento, lamentaban la desventura de los pueblos de la opuesta orilla del río, cuyos habitantes los abandonaban en masa huyendo de los horrores de la guerra.

Casi todos los vecinos de aquella ciudad habían acudido á ver pasar á los infelices fugitivos y á prestarles consuelo en su infortunio.

También Hermán, el hijo de los posaderos, había ido en su carruaje á llevar á los míseros emigrados ropas y alimentos dispuestos por su tierna madre.

Aún seguían los dos buenos esposos comunicándose su pesadumbre por tanta desdicha, cuando comenzaron á regresar los vecinos, y entre ellos el boticario y el respetable párroco. Acercáronse ambos al feliz matrimonio, y después de los mútuos y afectuosos saludos, tomaron asiento á su lado.

Apenas habían cambiado los tres hombres algunas frases sobre los sucesos del día, la mujer del posadero interrumpió su plática, impaciente por oir el relato de lo ocurrido.

—«¡Quién podrá describir, exclamó el farmacéutico, tan desconsolador espectáculo! Antes de llegar á la pradera divisamos una extensa nube de polvo. Cuando estuvimos en el camino que atraviesa el valle, aparecieron á nuestra vista multitud de carruajes y de viajeros, llegando á nuestro oído un vocerío, un tumulto ensordecedor. Entonces comprendimos la amargura y los dolores que produce el destierro, y la felicidad que goza quien se ve libre de tales peligros.

»Era doloroso contemplar los innumerables objetos que

constituyen una casa bien provista, confundidos y mezclados en los carros, sin orden ni concierto, denunciando la precipitación con que sus dueños habían tratado de salvarlos. Mujeres y niños, jadeantes, arrastraban voluminosos bultos ó caminaban encorvados bajo el peso de las banastas, llenas de utensilios domésticos.

»De repente hirieron el aire gritos lastimeros de mujeres y niños, á los que se unieron el balido de las ovejas, el ladrido de los perros y los ayes de los ancianos y de los enfermos, tendidos estos últimos en lechos inseguros sobre carros cargados de muebles y utensilios. Uno de éstos que se había desviado del camino, volcó y se hundió en una zanja. El carro, los que le ocupaban y los muebles con que iba cargado, cayeron en informe montón. Al pronto creímos que aquellos infelices habían sido aplastados; pero providencialmente quedaron al otro lado de la zanja, sin sufrir grave daño. El vehículo se hizo pedazos, y los viajeros se encontraron sin medios de continuar su marcha, pues los demás seguían adelante arrastrados por aquel torrente animado, no pensando los que los guiaban más que en su propia salvación. Nosotros acudimos en su auxilio, y vimos que los ancianos y los enfermos yacían en tierra magullados, gimiendo, abrasados por el sol y asfixiados por espesas oleadas de polvo.»

El caritativo posadero, conmovido por la narración de tantas desdichas, rogó á Dios que su hijo Hermán hubiera llegado á tiempo para distribuir los necesarios socorros, cumpliendo su encargo; porque él personalmente no se sentía con fuerzas para soportar la vista de tanta desgracia. A la vez invitó á sus amigos á que entraran en la sala de la posada, porque en la calle se sentía excesivo calor.

Instalados los tres en torno de una mesita, el posadero les sirvió exquisito vino y chocó su vaso con el del párroco. Viendo que el farmacéutico permanecía abstraído en sus meditaciones, le instó á beber diciéndole que él y todos sus convecinos debían felicitarse de que Dios les hubiera librado de males como los que deploraban. Verdad es que no podía menos de recordar el horroroso incendio que años antes destruyó ó poco menos la ciudad en donde vivían tan felices, y que no podía negarse que desde aquel suceso memorable, la divina Providencia les otorgaba su protección.

El virtuoso párroco aplaudió sus palabras y le exhortó á conservar la fe, porque esta hermosa virtud da calma y prudencia en la prosperidad, y ofrece dulces consuelos é infunde las más risueñas esperanzas en las adversidades.

El posadero contestó que jamás, cuando sus ojos se extasiaban contemplando el Rhin, hubiera creído que aquellas riberas encantadoras se convirtiesen en baluartes, y el ancho cauce del río en foso contra los franceses. Confiando en

Dios y en la bravura de los alemanes, consideraba una locura abrigar temores de una invasión; sin contar con que los combatientes empezaban ya á cansarse de la larga y mortífera lucha, y todo hacía presumir que se aproximaba una era de paz. Después, como respondiendo á una idea fija en su mente, añadió:

—Dios quiera que el día en que se celebre en nuestra iglesia la fiesta en acción de gracias por el término de la lucha, mi hijo Hermán se acerque al ara santa llevando de la mano á su prometida, y tan fausta fecha sea en lo porvenir aniversario de la mayor alegría de mi hogar. Pero ese muchacho, tan laborioso en mi casa, no frecuenta el trato de las gentes, y yo paso muy malos ratos cuando veo que huye de las jóvenes y de los placeres del baile.

En esto oyóse lejano galope de caballos, que fué percibiéndose cada vez más cerca, y á poco entró en el patio un carruaje con la velocidad y el estrépito del trueno.

CANTO II.

Hermán.

Abrióse la puerta de la sala y apareció un gallardo mancebo. Era Hermán. El párroco le observó atentamente y le dijo sonriendo que volvía transformado, pues nunca le había visto con tan viva expresión de gozo, debida sin duda á que al distribuir los socorros á los emigrados, había recibido sus bendiciones.

El joven, con tono respetuoso, manifestó que dudaba si habría ó no procedido con acierto, dejándose llevar de los impulsos de su corazón. Cuando salió de la ciudad era tarde; ya regresaban los vecinos que habían ido á ver pasar los fugitivos; la mayor parte de los proscriptos estaban lejos, y él avivó el paso de sus caballos, dirigiéndose á la aldea, donde le dijeron que los fugitivos iban á hacer alto y á pasar la noche; pero tuvo ocasión en el camino de cumplir los piadosos deseos de sus padres.

—«Corría por la calzada nueva—dijo—y ví un carro sólido y fuerte, arrastrado por dos bueyes de raza extranjera, robustos y vigorosos. Junto á él caminaba con paso firme una joven que aguijoneaba diestramente á los dos hermosos animales. Al verme, salió tranquila y confiada á mi encuentro y me dijo:—«Nosotros no nos hemos hallado siempre en la situación deplorable en que nos veis ahora. Yo no estoy acostumbrada á implorar la compasión de los extraños. Una extrema necesidad me obliga á importuna-

ros. Ahí, tendida en la paja, va la esposa de un rico propietario, con su hijo que acaba de nacer. He logrado con grandes trabajos salvar á esa infeliz, que sentía cercana la hora de su alumbramiento. Vamos siguiendo á nuestros amigos al paso lento de este carro, y la desdichada ha estado á punto de morir. Ahora su recién nacido duerme desnudo en sus brazos, y aunque alcancemos á nuestros compañeros de infortunio en la aldea más próxima, donde pensamos descansar de las fatigas de este día, su auxilio nos servirá de muy poco. Si sois de esta comarca y teneis algunas prendas de lienzo de que podais desprenderos, dadlas por caridad á esos séres desventurados».

Al oir estas palabras, la enferma, pálida y débil, se incorporó penosamente sobre la paja, mirándome con tristeza. Yo contesté:—«Las almas buenas se ven á veces inspiradas por un espíritu celestial que les revela las cuitas de su prójimo. Así mi madre, como si hubiese presentido la pobreza en que os hallais, me dió un paquete de ropas, para cubrir la desnudez de los necesitados».—En el acto entregué las prendas que llevaba, y la joven me dió las gracias con efusión, exclamando:—«El hombre, cuando es dichoso, no cree en los milagros: en la miseria es donde únicamente se ve la mano de Dios. Quiera su infinita bondad devolveros el bien que por vuestra mediación nos concede hoy.»

La enferma palpaba las ropas con alegría.—Apresurémonos—dijo la joven—á llegar á la aldea donde nuestras familias deben detenerse para pasar la noche. Cuando estemos allí, arreglaré la envoltura para vuestro hijo y cuidaré de todo.

Me saludó otra vez con graciosas demostraciones de profunda gratitud, hostigó á sus bueyes y el carro se puso en marcha.

Siguió Hermán diciendo que permaneció inmóvil, dudando si continuar hasta la aldea ó dar los socorros á aquella encantadora joven, seguro de que los repartiría con más equidad que él.

Su corazón se decidió por este último partido, y alcanzando á las pobres viajeras, entregó á la joven las abundantes provisiones que llevaba, prometiendo ella distribuirlas religiosamente entre los más desdichados.

Hermán, fustigó sus caballos y emprendió con rapidez la vuelta á la ciudad.

El farmacéutico, al oir aquel relato, no pudo menos de felicitarse por estar en el mundo solo, sin esposa ni hijos, ni más preocupación que el cuidado de su persona.

Hermán replicó vivamente contra aquellas ideas. Dijo que no era hombre verdaderamente digno el que solo piensa en sí, en la próspera como en la adversa fortuna, y no comparte con nadie sus duelos ni sus alegrías. Se mostró

personalmente inclinado al matrimonio y afirmó que el hombre ha menester de los dulces consuelos de una compañera cuando la desgracia llama á su puerta.

El padre de Hermán escuchó gozoso las palabras de su hijo y la madre exclamó:

—Tienes razón, hijo mío, y tus padres han dado ejemplo de ello. No fué en día de regocijo cuando nuestras almas se comunicaron su mútua inclinación, sino en época de dura prueba. Fué un lunes, lo recuerdo perfectamente, porque la víspera se produjo aquel terrible incendio que destruyó nuestra ciudad hace veinte años. Era un domingo, como hoy; el tiempo estaba seco y ardoroso y en la ciudad escaseaba el agua. Todos los vecinos, engalanados con sus trajes de los días de fiesta, se hallaban esparcidos por las aldeas inmediatas, en los mesones y en los molinos. El fuego empezó en un extremo de la ciudad, propagándose rápidamente. Ardieron las granjas con sus ricas mieses, quemáronse las calles hasta el mercado; la casa de mi padre y ésta, que estaban contiguas, fueron también pasto de las voraces llamas, y poco fué lo que pudimos salvar.

Yo pasé una noche tristísima, sentada sobre la hierba cerca de la ciudad, custodiando los pocos muebles salvados de la hoguera; pero el sueño me rindió pronto y no desperté hasta que sentí la fresca brisa de la mañana, que precede á la salida del sol. Cuando ví el humo y los edificios ardiendo aún, y las paredes derruidas, se me oprimió el corazón dolorosamente; pero el sol, apareciendo en el horizonte más espléndido que nunca, me devolvió el valor. Quería ver de nuevo el sitio que había ocupado nuestra casa. Cuando avanzaba por entre los escombros todavía humeantes, contemplando mi hogar arruinado, destruído, tú, esposo mío, subías por el otro lado removiendo las cenizas que llenaban el espacio ocupado por la casa de tus padres. Uno de tus caballos estaba sepultado bajo los escombros en la cuadra; algunas vigas y otros restos incendiados le ocultaban. Pronto nos hallamos frente á frente, dominados por nuestras tristes reflexiones, porque la pared que separaba nuestros patios se había derrumbado. Tú, me cogiste de la mano, diciéndome: «¿Cómo te has atrevido á venir á este lugar? Retírate; los escombros están muy calientes todavía, y tuestan mi calzado». Después me tomaste en tus brazos y me trajiste aquí, al patio de tu casa. Me sentaste en ese mismo banco y me estrechaste en tus brazos; yo me defendía; pero entonces me dijiste con gravedad estas palabras: «Mira nuestras casas en ruínas, quédate á vivir conmigo, ayúdame á reedificar la mía y yo ayudaré á tu padre á levantar la suya.» No comprendí entonces el sentido de tus palabras; pero poco después enviaste á tu madre á que hablara con mi padre, y al punto concertaron nuestra unión.

Aun me acuerdo con placer de aquellas vigas medio consumidas, y de cómo sobre ellas, brillaba el sol alegre, porque aquel día hallé un esposo, que no tardó en ser el padre de mi adorado hijo. Por esto apruebo, querido Hermán, que pienses en elegir tu prometida en estos desdichados tiempos y que hayas ido á buscarla en medio de los horrores de la guerra».

El padre replicó al punto con viveza, que eran dignos de elogio los sentimientos de su hijo, y verdadero el relato de su esposa; pero que no todos los hombres están obligados á labrarse por sí mismos su fortuna, y los que la reciben de sus padres ya hecha, deben considerarse venturosos. Elogió las ventajas que tiene para un joven una esposa rica, y excitó á Hermán á no casarse con quien no lo fuera, porque él no quería ver entrar en su casa una nuera pobre. Añadió que si su hijo estaba dispuesto á darle gusto y á proporcionarle una vejez tranquila y feliz, debía elegir por esposa á una de las hijas del mercader que vivía en frente de su casa. El posadero sabía con certeza que dos de aquellas jóvenes, las menores en edad, no estaban aún comprometidas.

Hermán contestó en tono humilde, que también él había tenido la idea de que una de las dos doncellas á que se refería su padre y que de niñas habían sido compañeras de sus juegos, fuese de mujer su dulce compañera; pero desistió de ello al observar en las hijas del mercader que á medida que crecían se mostraban cada vez más desdeñosas con el amigo de su infancia.

Al oir esto el posadero, con tono airado y violento, se manifestó quejoso de aquel hijo que nunca llegaría á darle gusto, porque solo pensaba en trabajar como un criado, y no en distinguirse á los ojos de sus conciudadanos, doliéndose una vez más de la falta de aspiraciones que observaba en Hermán.

El joven guardó silencio y levantándose sin hacer ruido, se aproximó á la puerta. El padre, siempre con ira, le dijo:

—«¡Vete! conozco tu terquedad; pero no pienses en traer nunca á esta casa á la hija de un labrador. Quiero para mi vejez una nuera que me consuele de mis muchos trabajos; y que los domingos sea mi casa como la de mi vecino, el punto de reunión de la gente más distinguida de nuestra ciudad.»

A oir estas palabras levantó Hermán suavemente el pestillo de la puerta y salió de la estancia.

CANTO III

Los burgueses.

De este modo se libró el hijo respetuoso de las reprensiones de su padre, quien continuó diciendo que nunca vería

cumplido su voto más ferviente: el de tener un hijo, no igual, sino superior á su padre; y afirmó que los hombres deben mejorar siempre su condición, instruídos por las enseñanzas del tiempo y por su trato con los de otros países.

El aspecto de una casa da idea del talento y condiciones de su dueño, como el de una ciudad del celo de sus ediles. Por eso el posadero había puesto empeño en que su hijo viajara y visitase ciudades como Strasburgo, Francfort y la alegre Maneheim, de calles anchas y simétricas; pues quien ha visto estas poblaciones, desea mejorar y embellecer aquella en que nació. Con este motivo, el dueño del *León de Oro* hizo notar el orden y la limpieza que se advertían en su ciudad, restaurada después del incendio que la destruyó; y recordó, como de pasada, la actividad y celo que él había desplegado las seis veces que perteneció á su Concejo, y los elogios que recibió de sus conciudadanos. Mucho era de temer que Hermán no le imitara, porque ¿qué podía esperarse de un joven que se pasaba la mayor parte de la vida encerrado en su casa?

La buena y prudente madre contestó al momento, diciendo á su marido que no era el mejor medio de realizar sueños de grandeza, ser siempre injustos con los hijos; y como éstos no pueden ser formados á medida de los deseos de los padres, era preciso amarlos como Dios los daba, criarlos de la mejor manera posible y dejar á cada cual seguir el camino que sus facultades y sus inclinaciones les trazasen.

Aseguró que Hermán sería un buen amo de casa, digno de la fortuna que heredaría; y que si llegaba á pertenecer al Concejo de la ciudad, no haría mal papel entre sus compañeros. Lo único que conseguía su padre á fuerza de reprenderle, era infundir el desaliento en el alma del joven.

Dicho esto, la posadera salió apresuradamente en busca de su hijo, á quien deseaba consolar con sus amorosas palabras.

El padre exclamó sonriéndose al verla salir:

—La mujer es como el niño: ambos quieren obedecer sólo á su capricho y verse constantemente complacidos y agasajados. Hay un antiguo proverbio que dice: «quien no avanza, retrocede»; y esa es mi divisa.

El farmacéutico aplaudió aquellas palabras, porque él por su parte iba siempre en busca de lo mejor, á condición de que fuera nuevo y de que no costara muy caro; puesto que sin dinero, es inútil pedir progresos y mejoras. De no ser así, mucho tiempo hacía que su casa estaría reedificada á la moderna, y brillaría por sus grandes cristales, como la del mercader vecino del posadero, que aventajaba á las mejores de la ciudad, que después del incendio de terrible memoria, eran la farmacia del *Angel* y la posada del *León de Oro*.

CANTO IV

Madre é hijo.

Mientras seguían conversando los tres amigos, la madre buscaba á su hijo en todos los parajes que tenía costumbre de frecuentar. Un criado le dijo que se hallaba en el jardín, y fué ella recorriéndolo en toda su extensión, que era mucha puesto que el jardín llegaba hasta las murallas de la ciudad. Al atravesar sus calles, contemplaba alborozada la hermosa vegetación, y enderezaba los puntales que sostenían los manzanos cargados de fruto, ó limpiaba de orugas las apretadas hojas de las coles; porque una mujer cuidadosa no da nunca un paso inútil. No encontró allí á su hijo; pero vió entreabierta la puertecilla que daba al campo, y penetró en el hermoso cercado de la viña, satisfecha de ver la abundancia de uvas, que apenas podían ocultar los pámpanos.

Subió las gradas de toscas piedras que daban acceso á la cumbre de la colina, pensando al contemplar las pobladas vides en los alegres días de la vendimia; pero pronto su regocijo se trocó en extrañeza al oir que sólo el eco contestaba á las voces con que llamaba á su hijo, pues nunca se alejó Hermán de su lado sin advertirla á dónde se encaminaba.

Continuó adelante con la esperanza de hallarle, y llegó á los campos de su propiedad, donde contempló con deleite los hermosos trigos y las doradas espigas que se mecían en suaves ondulaciones; y siguió subiendo por la estrecha senda abierta entre las plantas, hasta el peral gigantesco que marcaba el límite de sus propiedades. Bajo sus frondosas ramas hacían su comida del mediodía los segadores y sesteaban los ganados. No se engañó: allí estaba Hermán, sentado en el rústico banco de piedra, con la vista fija en las montañas y de espaldas al sendero por donde avanzaba su madre, quien al llegar cerca de él, le tocó suavemente en el hombro. Volvióse el mancebo, y la madre cariñosa vió sus ojos inundados de lágrimas.

—¡Lloras, hijo mío!—exclamó sorprendida.—Nunca te he visto así. ¿Qué pesares turban la calma de tu corazón? Dime el motivo de tus lágrimas.

El joven, serenándose, contestó que era preciso tener un corazón de piedra para no interesarse en las desventuras de los emigrados. El espectáculo de tanta miseria le había conmovido profundamente; y al contemplar los trigos ama-

rillentos y los árboles llenos de frutas, que prometían ópima cosecha, pensaba que tanta prosperidad podía fácilmente convertirse en ruínas, pues el terrible enemigo avanzaba como la tempestad; y si las aguas del Rhin le habían detenido hasta entonces, acaso no podrían en adelante cortar el paso á los implacables ejércitos que amenazaban invadirlo y destruírlo todo. Su corazón de alemán latía con fuerza y ardía en deseos de vivir y morir por su patria, cuyo suelo bendito no hollaría jamás el extranjero, si toda la juventud alemana se reunía en la frontera decidida á no retroceder. El, por su parte, estaba dispuesto á cumplir inmediatamente los deberes que su corazón le dictaba; y así daría gusto á su padre y no tendría éste que lamentarse de que su hijo careciera de nobles y honrosas ambiciones.

La buena madre, al oirle, rompió á llorar desconsolada, y excitó á su hijo á que la hablase como siempre, á que la descubriera los secretos de su corazón sin rodeos ni temores. Desde luego elogiaría sus heróicos propósitos si fuera para él una extraña; pero conociéndole bien, sabía que sus pensamientos eran distintos de los manifestados; sabía que la ocultaba algo, porque jamás el toque del clarín ni del tambor habían tenido atractivos para él, que sólo había pensado en cuidar tranquilamente de su casa y su hacienda.

Contestó el joven que los días no son iguales unos á otros, y que si bien hasta entonces había vivido pacíficamente, en su pecho latía un corazón que odiaba la arrogancia y la injusticia. Y sin embargo, Hermán no podía menos de confesar que eran justas las quejas de su madre, la cual había adivinado la falta de sinceridad de las palabras del mancebo, pues al proponerse éste abandonar la casa de sus padres, no lo hacía por miedo á los peligros ni por la sublime ambición de acudir en defensa de su patria. Sus palabras no manifestaban sus verdaderos sentimientos; pero rogaba á su madre que no le detuviera y que no quisiera saber más.

—Prosigue—replicó la discreta madre—cuéntame todo lo que piensas y sientes con todos sus detalles. Los hombres son violentos, extremados; si se ven detenidos por cualquier obstáculo, se alejan mucho de su camino; pero la mujer es ingeniosa, imagina mil medios y sabe llegar al fin que se propone dando hábiles rodeos. Dime cuál es la causa de tu pena; jamás te he visto como ahora. La sangre hierve en tus venas y á pesar de tus esfuerzos para enseñarles, brotan las lágrimas de tus ojos.

Entonces el joven se entregó á su dolor, y vertiendo amargo llanto en el seno de su buena madre, confesó que las palabras de su padre le habían herido cruelmente. El mayor afán de su vida había sido siempre honrar á sus

padres, á quienes miró desde la infancia como á los seres más queridos. Recordó los sinsabores que padecía cuando sus compañeros de niñez se burlaban de su amor filial; con qué furor la emprendía con ellos si alguno se atrevía á reirse de su padre cuando los domingos salía de la iglesia con paso lento y grave. Así fué creciendo, viéndose constantemente mortificado por su padre, que descargaba en él su mal humor cuando sufría alguna contrariedad entre sus compañeros del Concejo; y todo lo soportaba con paciencia, pues nunca olvidó cuán dulce y respetuosa gratitud merecen los padres que sólo piensan en aumentar su fortuna para sus hijos, y por ellos sufren privaciones. Pero la felicidad no consiste en agregar un campo á otro; pues los padres se hacen viejos, y con ellos también envejecen los hijos, sin gozar del presente, atormentados siempre por el afán del mañana. Hermán concluyó expresando sus deseos de esta manera:

—Mirad la grande y rica extensión de nuestros campos, que llegan hasta nuestras viñas y hasta nuestros jardines; ved más allá las granjas, los establos y todo ese hermoso conjunto de propiedades. Pues cuando contemplo nuestra casa y veo la ventana de mi habitación, recuerdo cuántas noches, asomado á ella, esperé la salida de la luna, y cuántas mañanas la de los primeros rayos del sol, habiéndome bastado pocas horas de sueño para reparar mis fuerzas. Mas ¡ay! todo me parece solitario! Mi cuarto, el patio, el jardín, nuestros hermosos campos, ¡todo está desierto para mí! A mi vida le falta una compañera.

La excelente madre replicó que ella y su marido no deseaban otra cosa; que el sueño dorado de ambos consistía en que Hermán se casara, seguros de que entonces vería su hijo cómo el trabajo del día se le hacía menos penoso y la noche menos triste. Pero al mismo tiempo, la madre estaba segura de que Hermán no atendería á los paternales consejos hasta que no encontrara á una mujer que le inspirase profundo amor.

—Creo, hijo mío—añadió—que eso se ha realizado ya: tú estás enamorado. Habla, no me ocultes nada, porque el corazón me dice que has elegido para que sea tu compañera á la joven expatriada.

—Es verdad—dijo el mancebo—y si no puedo llevarla hoy mismo como esposa á nuestra casa, tal vez desaparecerá para siempre entre la horrible confusión de la guerra. En vano se multiplicarán entonces mis bienes; en vano los años venideros me traerán sus ricas mieses. ¡Ay!, ni aun el amor de una madre servirá entonces de consuelo á mi desdicha. Hoy sé ya que el amor rompe todos los lazos al formar los suyos, y que no es solamente la mujer quien deja á sus padres por seguir al elegido de su corazón: también

el hombre deja de pensar en ellos cuando vé partir á su amada. ¡Oh! no me impidais ir á donde la desesperación me impulsa. Mi padre ha tomado una resolución inquebrantable: su casa no es la mía si está cerrada para la única mujer que deseo llevar á ella.

La madre lamentó que el orgullo mantenga muchas veces á los hombres frente á frente inflexibles como rocas, impidiéndoles aproximarse. Esperaba, sin embargo, que su marido cedería si la joven era buena y virtuosa, aunque pobre; y añadió:

—El dueño del *León de Oro* tiene el carácter brusco y á veces dice cosas que luego no ejecuta; pero se le debe sumisión, porque es el padre. Ven, hagamos la prueba ahora mismo. Quien procede con valor, consigue lo que desea. Necesitamos que nos ayuden los dos amigos que están con él ahora. El párroco especialmente, será para nosotros un auxiliar poderosísimo.

Dicho esto, la madre y el hijo se dirigieron silenciosos hacia la casa.

CANTO V.

Las ideas del párroco.

Los tres amigos seguían conversando sobre el mismo tema, examinándolo en todos sentidos. Al fin el digno párroco les dijo que encontraba natural el ansia con que el hombre busca lo nuevo y lo mejor; pero que no debía sacrificarse por este deseo, pues cualquier estado es bueno siendo natural y razonable.

En aquel momento entró la madre de Hermán acompañada de su hijo, á quien llevaba de la mano. La prudente y virtuosa mujer recordó á su marido cuántas veces los dos habían hecho votos fervientes porque Hermán eligiera una esposa digna de él, y prosiguió diciendo:

—Al fin llegó el día con tanto anhelo esperado: Hermán, cediendo á los impulsos de su corazón, ha elegido para compañera de su vida á la joven emigrada, á quien encontró al ir á llevar socorros á los desventurados fugitivos.

El hijo confirmó con acento respetuoso las palabras de su madre, y á su vez dijo el párroco:

—Este es uno de esos momentos que son decisivos en la vida de un hombre. Cuando se trata de hacer una elección cualquiera, es peligroso dar oídos á distintas y apasionadas opiniones, que suelen extraviar el sentimiento. La experiencia demuestra que después de largas deliberacio-

nes, la elección es al fin obra de un instante. Hermán es bueno, le conozco desde su más tierna infancia. ¿Por qué habeis de asustaros al ver surgir inesperadamente á vuestra vista lo que hace tanto tiempo deseais? No rechaceis á esa joven, que ha sido la primera en inspirar amor á vuestro excelente hijo. Basta mirar á Hermán para comprender que ya se ha fijado su destino. El no es de natural tornadizo, y si os oponeis á sus deseos, temo que ha de pasar los mejores años de su vida sumido en honda y amarga tristeza.

El farmacéutico, impaciente por hablar, manifestó que se comprometía á ir en busca de la joven y averiguar, por las familias que la acompañaban, cuanto fuese necesario para saber si era digna de Hermán.

—Hacedlo, buen amigo—dijo Hermán—id á informaros, y ruego al señor párroco que os acompañe.

Después dirigiéndose á su padre añadió:

—¡Oh, padre mío! Esa joven no es una de tantas aventureras que recorren los pueblos tendiendo redes á los jóvenes inexpertos; no. Los crueles resultados de una guerra funesta que ha trastornado al mundo y que ha arruinado los más sólidos edificios, han expulsado de su patria á esa desventurada. ¿Acaso no andan errantes como ella hombres eminentes, de ilustre alcurnia? Los príncipes huyen con nombres supuestos, y los reyes viven desterrados. También ella se ha visto obligada á abandonar su país, y olvidando su propio infortunio, se dedica á socorrer los ajenos. ¿No ha de ser posible que nazca un solo bien de entre tantos males, y que pueda yo decir en los brazos de mi esposa que la guerra ha sido para mí una ventura, como lo fué para vosotros el incendio?

El padre se admiró de oir hablar á Hermán con tanta decisión, y comprendió que las madres están siempre dispuestas á satisfacer los caprichos de sus hijos, y los vecinos á concertarse contra un padre ó un marido para echar por tierra sus más acariciados proyectos; en vista de lo cual, el posadero exclamó:

—Consiento, puesto que van todos contra mí, en que el párroco y el boticario se informen de si la joven elegida por Hermán merece el puesto que éste quiere darle á mi lado. Si es digna de él, venga en buen hora como nuera á mi casa; pero si no lo es, mi hijo no tendrá más remedio que olvidarla.

Hermán no ocultó su alegría; juró que sometería sus sentimientos al juicio de sus vecinos, y se mostró confiado en que antes de terminar el día, presentaría á su padre una hija tal como puede desearla todo hombre recto y prudente.

No queriendo retardar aquel feliz momento, corrió á pre-

parar el carruaje para llevar á sus amigos en busca de la joven.

Al salir Hermán, hicieron los obsequiosos mediadores muy prudentes reflexiones, y discutieron con brevedad el importante asunto que se les había confiado. El mancebo entre tanto sacaba los caballos de la cuadra y los enganchaba al coche que ya había preparado uno de los criados. Hecho esto, cogió el látigo y subió al pescante. Los dos amigos ocuparon los cómodos asientos del vehículo, y el carruaje partió velozmente.

Hermán se dirigió á la calzada, sin moderar la marcha de los caballos á la bajada ni á la subida de las pendientes. Al llegar á corta distancia de la aldea, paró el carruaje. Bajo la sombra majestuosa de los tilos seculares, se extendía una explanada cubierta de césped, donde había una fuente y á su alrededor algunos bancos de piedra. Allí se detuvo Hermán, invitando á sus amigos á que fueran solos á informarse de si la joven era digna de él. Les hizo una descripción del traje que la doncella vestía, para que les fuera más fácil encontrarla, y les suplicó que no la hablaran ni la descubrieran sus intenciones sin haber interrogado antes á los demás fugitivos. Bajo la sombra de los tilos, esperaría Hermán el regreso de los dos emisarios.

Los amigos se encaminaron á la aldea, donde una inmensa muchedumbre de emigrados se había esparcido por las granjas y casas. Una apretada fila de carros ocupaba la calle en toda su longitud. Los hombres cuidaban del ganado y de los caballos, que seguían enganchados á los carruajes; las mujeres tendían á secar la ropa blanca en todos los vallados de los alrededores, en tanto que los niños se entregaban con alborozo á sus juegos favoritos.

Los dos amigos se abrieron paso por entre aquella muchedumbre, dirigiendo á todas partes sus miradas, con la esperanza de ver á la joven; mas por ningún lado descubrieron el hermoso y virginal semblante de la mujer elegida por Hermán.

De pronto se vieron envueltos en una confusión horrible. Varios hombres reñían con furia, y las mujeres, al verlos próximos á destruirse, gritaban desesperadamente.

No tardó en acudir con paso rápido un anciano de aspecto venerable, quien impuso á todos calma, y silencio con severidad paternal, cesando la algarada cuando se oyó su voz. El anciano pronunció palabras de paz y de concordia.

—«La desgracia—dijo—debe enseñarnos á ser tolerantes los unos con los otros.»

El párroco, viendo que las palabras de aquel hombre hacía cesar la discordia, se acercó á él y le dijo:

—¿Sois acaso el juez de estos fugitivos, ya que tan facilmente calmais sus espíritus encolerizados? Así debe ser,

porque apareceis ante mis ojos como uno de aquellos caudillos que guiaron á pueblos proscriptos á través de desiertos desconocidos, y me parece estar hablando con Jacob ó con Moisés.

El juez le contestó que había mucha semejanza entre los infelices emigrados que se presentaban á su vista en aquel momento en situación tan deplorable, y aquellos hombres á quienes en una hora solemne se apareció el Señor en la zarza ardiente; porque á ellos también se les había presentado entre nubes y llamas.

El párroco se disponía á seguir la plática, impaciente por saber la historia del anciano y de sus compañeros; pero el farmacéutico dijo en voz baja á su amigo que procurase llevar la conversación al objeto que les interesaba, mientras él iba á continuar su paseo, para ver si descubría á la doncella.

El párroco hizo una seña de asentimiento, y su amigo fué á perderse en medio de la muchedumbre de los expatriados.

CANTO VI.

Malos tiempos.

El párroco preguntó entonces al anciano qué desventuras había sufrido su pueblo y por qué había sido arrojado de sus hogares. El anciano le describió con vivos colores todas las amarguras sufridas.

—Para nuestros enemigos—dijo al terminar su elocuente relato—nada ha habido sagrado han puesto mano en todo; haciendo á las mujeres víctimas de sus salvajes deseos, y trocando el placer en horror. Una furia violenta se apoderó entonces de los corazones; todos acudieron á las armas, enardecidos por la precipitada marcha de los fugitivos, por la palidez de sus facciones y el extravío de sus miradas. Resonaba sin cesar el toque de alarma de la campana; el miedo de lo porvenir no contenía el furor desencadenado. Los pacíficos instrumentos de la agricultura se transformaron de repente en armas; la horquilla y la hoz chorrearon sangre.

El párroco dijo:

—No os censuro por juzgar tan severamente á los hombres, ya que tanto os han hecho sufrir con sus desmanes. Pero creo que también habreis presenciado rasgos heróicos de abnegación y de bondad.

El juez replicó que efectivamente había visto algunas

buenas acciones, de las cuales guardaría siempre memoria; rasgos hermosos de caridad y de valor en ancianos, en adolescentes y aun en mujeres, que habían dado pruebas de serenidad y de heroísmo.

Entre todas, recordaba el hecho heróico de una noble doncella llamada Dorotea, que se quedó con otras jóvenes en una granja donde no había ningún hombre que las defendiera, pues todos habían marchado á luchar contra el enemigo. Llegó á la granja una turba de criminales, entraron en la habitación de las mujeres, y ardiendo en apetitos brutales á la vista de aquellas jóvenes, la mayor parte adolescentes aún, se lanzaron sin compasión sobre ellas, y especialmente sobre la hermosa Dorotea, quien arrebatando rápidamente el sable á uno de sus raptores, le tendió á sus piés moribundo de un golpe formidable. Después acometió valerosamente á los demás, hiriendo á cuatro, y aterrados todos por aquel inesperado ataque, huyeron dando lugar á que acudieran tropas en auxilio de las atribuladas doncellas.

El párroco, conmovido por aquel relato y lleno de halagüeños presentimientos, se disponía á preguntar qué había sido de la esforzada joven, á tiempo que llegó el farmacéutico apresuradamente á decirle que había hallado á la proscripta cuya descripción había hecho Hermán, instándole á ir á verla, y rogando al juez que los acompañara á fin de saber cuanto deseaban.

Viendo el párroco que el anciano se había alejado con algunos de los suyos, siguió á su amigo, y este le llevó junto á un vallado, mostrándole por entre sus aberturas á una joven que acababa de vestir á un recién nacido.

—Vedla—dijo—ella es: conozco muy bien las ropas que Hermán le ha dado, y veo que ha hecho pronta y acertadamente su distribución. Este es un indicio muy cierto; las demás señas se ven confirmadas en su persona.

El farmacéutico repitió las noticias de Hermán sobre el traje y el aspecto de la joven, datos que coincidían con el aspecto y el traje de la gentil doncella que tenían á su vista. Después dijo á su amigo que no extrañaba que se hubiese prendado el mancebo de aquella joven tan hermosa, que indudablemente haría feliz á su esposo, porque un cuerpo tan perfecto, debía contener un alma pura, y aquella juventud sana prometía una ancianidad dichosa.

El farmacéutico observó que no era prudente fiarse de las apariencias, que suelen inducir á error, y que debían sin pérdida de tiempo indagar cuanto fuera posible acerca de la situación y cualidades de la emigrada.

Conformándose el párroco con las precauciones de su amigo, marcharon ambos en busca del juez, á quien hallaron cerca de aquel lugar. El párroco le dijo que habían

visto casualmente á una joven ocupada en vestir á un niño, que les había agradado mucho la presencia de la forastera, y que deseaban tener antecedentes de ella.

Al oir las indicaciones de sus interlocutores, contestó el juez que aquella joven era Dorotea, la doncella de quien había hablado antes al párroco, la que había defendido su honor y el de sus compañeras con la espada que arrebató á uno de sus enemigos. Manifestó que era tan buena como animosa y bella. Había vivido con un pariente anciano, á quien cuidó con esmero y cariño hasta su muerte, y se mostró digna y resignada al sufrir la pérdida dolorosa de su prometido, noble joven que sucumbió de un modo lamentable, defendiendo la libertad y la justicia.

Los dos amigos, llenos de gozo por tan satisfactorias nuevas, se despidieron del juez, manifestándose agradecidos. El párroco sacó una moneda de oro, la única que le quedaba, pues el resto del dinero que llevaba en su excursión lo había distribuído entre los emigrados, y la dió al juez para que la repartiera entre los más pobres. Como el anciano intentara rechazarla, el párroco insistió diciendo que en días tales nadie debía vacilar en dar, ni nadie negarse á recibir lo que la caridad le ofreciese, porque no era posible saber cuanto tiempo andarían errantes los fugitivos por tierra extraña. El farmacéutico quiso también auxiliar á los emigrados; pero no teniendo dinero suelto, dió al anciano un poco del tabaco que le quedaba, disculpándose de la pobreza del donativo. Y ambos amigos, se alejaron rápidamente para comunicar á Hermán lo más pronto posible el satisfactorio resultado de su misión.

Hallaron al mancebo á la sombra de los tilos, teniendo de las bridas los fogosos caballos, apoyado en el carruaje, absorto en sus pensamientos y con la vista fija en el espacio. No vió á sus amigos hasta que éstos, ya cercanos á él, le llamaron con muestras de alegría.

El farmacéutico empezó á hablar desde lejos; pero cuando llegaron junto al joven, el párroco, cortando la palabra á su compañero, estrechó la mano de Hermán y le dijo que su corazón había hecho una elección acertada, pues la joven era digna de él, y que los dos emisarios deseaban que Hermán les llevara á la aldea en el coche para pedir la mano de Dorotea.

Hermán permaneció inmóvil y sin hacer demostración alguna de alegría al oir las palabras consoladoras del digno mensajero; dijo suspirando, que había sufrido en el tiempo que le habían dejado solo, todas las dudas y los tormentos propios de un corazón que ama. Temía que una joven tan hermosa y de tan excelentes dotes hubiera inspirado otra pasión como la que él sentía, y que su corazón acaso no estuviera libre y no quería verse expuesto á una

negativa dolorosa, antes de saber si se confirmaban ó no sus sospechas. Estaba decidido á todo trance á oir de los labios de la joven la suerte que le estaba reservada; pues tal confianza tenía en Dorotea, que su determinación sería de seguro la más razonable de todas. Había tomado esta resolución en tanto que estaban en la aldea sus amigos, á quienes exhortaba á que volvieran á la posada del *León de Oro*. Hermán iría más tarde por el atajo para llegar poco después que ellos.

El párroco, convencido de que nada haría cambiar la resolución del joven, subió al coche, empuñó las riendas, y los caballos partieron al galope, levantando una espesa nube de polvo. Hermán permaneció algún tiempo, inmóvil, sin pensamiento fijo, viendo cómo el polvo que levantaban los caballos se elevaba, caía y se disipaba después.

CANTO VII

Dorotea.

En las caprichosas espirales que formaba el polvo del camino en la vaga extensión del espacio, en donde quiera que fijaba sus ojos veía la bella imagen de la joven proscripta, á quien había entregado su corazón. Salió, por último, de aquel éxtasis, encaminándose á la aldea; pero se detuvo sorprendido al ver que la encantadora joven se dirigía hacia una fuente próxima con un cántaro grande apoyado en una cadera y otro más pequeño en la mano. Hermán corrió alegre á su encuentro.

– Otra vez te hallo, hermosa joven—la dijo,—y siempre ocupada en auxiliar á los desventurados. ¿Por qué vienes sola á esta fuente lejana, cuando hay otras en la aldea? Pero ya comprendo: el agua de esta fuente debe gozar de milagrosa virtud, y la llevas para la enferma á quien has salvado.

La joven saludó graciosamente á Hermán, y diciéndole que se creía recompensada de lo mucho que había andado hasta llegar á la fuente, con el gusto de volver á encontrar al hombre generoso de quien había recibido tantos socorros, y le invitó á que fuese á recibir las bendiciones de los favorecidos con sus donativos. Después añadió que acudía á buscar el agua de aquella fuente, porque los fugitivos, al atravesar con los carros y los ganados los arroyos de la aldea, los habían enturbiado.

Así conversando, llegaron á la fuente y acercándose al pilón se inclinó la joven para llenar uno de los cántaros, y Hermán cogiendo el otro, imitó á Dorotea. Entonces vieron

su imagen en el agua cristalina, que reflejaba el azul del cielo, y se dirigieron en aquel límpido espejo un afectuoso saludo.

Pidióle Hermán de beber y ella le dió el cántaro. Después se sentaron en el reborde del pilón con familiaridad encantadora. Ella le preguntó qué hacía en aquel lugar, sin el carruaje y tan lejos del sitio donde antes le había visto.

Hermán fijó en la joven una mirada tranquila y amorosa; y como en los ojos de su amada se veían reflejados la prudencia y el juicio, y solo con juicio y prudencia debía hablarla:

—He venido á buscarte—dijo—¿para qué ocultarlo? Vivo dichoso con mis queridos padres, ayudándoles en las tareas que exigen nuestra casa y nuestros bienes; soy hijo único, y tenemos mucho trabajo. Yo me ocupo en el cultivo de todas nuestras propiedades; mi padre dirige los negocios de la casa, y mi madre lo anima todo con su presencia. Tú sabes seguramente de qué manera mortifican los criados, con su descuido ó su infidelidad, á una buena ama de casa, obligándola con frecuencia á despedirlos y á cambiar unos malos por otros buenos. Por eso mi madre desea hace mucho tiempo tener consigo una joven que quiera ayudarla, no sólo con las manos, sino con el corazón, y que ocupe á su lado el puesto de su hija, muerta en edad temprana. Hoy, al verte junto al carro, ágil, valerosa; al ver la fuerza de tu brazo y la salud que refleja tu semblante; al oir tus razonadas frases, me sentí impresionado; de regreso á mi casa, hice á mis padres y á mis amigos un elogio merecido de tí, y vengo á decirte lo que ellos y yo deseamos.

Hermán estaba turbado, y las palabras salían entrecortadas de sus labios.

—No vacileis en ser franco—dijo ella.—No temais ofenderme; os he comprendido y estoy agradecida. Hablad lealmente. Quereis contratarme como criada de vuestros padres, á fin de que me ocupe en las faenas de vuestra casa; habeis creído hallar en mí una mujer fuerte, apta para el trabajo y de corazón menos duro que otras. Vuestra petición ha sido concreta; también lo será mi respuesta. Sí, iré á vuestra casa, haré lo que me marca mi destino. Ya he cumplido mi deber: he restituído la enferma á su familia: ella y los suyos están salvados y son dichosos al verse juntos. Piensan volver muy pronto á su país: los desterrados se complacen en forjarse esperanzas lisonjeras. Yo no me entrego á esas ilusiones en estos tiempos tan tristes y cuando el porvenir quizá nos reserva otros peores aún. Los lazos que me unían al mundo se han roto; ¿quién los reanudará? La necesidad únicamente, la suprema necesidad. Si en la casa de un hombre honrado, bajo la dirección de una mujer inteligente, puedo ganar mi sustento sirviéndoles, lo haré gustosa;

porque la reputación de una joven que vaga errante, se halla expuesta á maliciosas suposiciones. Sí: iré con vos tan pronto como entregue estos cántaros á mis amigos y reciba sus bendiciones. Venid: es necesario que los veais y que sean ellos quienes me confíen á vuestro cuidado.

Hermán oyó alborozado la resolución y el consentimiento de la joven, dudando si confesarle ó no la verdad de su propósitos; pero decidió dejarla en su error hasta que estuviera en casa de sus padres. Además había visto en el dedo de la expatriada un anillo de oro, y esto le contuvo.

—Vamos—dijo ella.—Las jóvenes que se detienen mucho tiempo en la fuente, son muy censuradas; y sin embargo, es grato hablar oyendo el murmullo del agua.

Al levantarse, se miró otra vez en la clara linfa, y un dulce anhelo se apoderó de ambos. Ella cogió silenciosa los dos cántaros, negándose á dar uno al mancebo, porque no era justo que le sirviera quien pronto había de darla órdenes como amo, y por que creía conveniente que la mujer estuviera acostumbrada á servir desde muy joven, pues sólo á fuerza de servicios llega á ejercer la autoridad que le corresponde en la familia.

En estos coloquios llegaron á la granja; allí, en la era, estaba tendida la enferma, rodeada de sus hijos, salvados por el arrojo de la valerosa doncella. Al mismo tiempo que los jóvenes, entró el juez llevando de la mano á dos niños extraviados que restituía á su madre, quien los acarició llorando, mostrándoles á su nuevo hermanito, que los niños besaron cariñosamente, así como á la pobre enferma que de este modo vió completa su felicidad. La joven dió el cántaro pequeño al anciano para que todos bebieran, y así que hubieron satisfecho la sed que les atormentaba, les dijo gravemente que los veía por última vez, que se acordaran de ella y de los servicios que les había prestado, más por cariño que por gratitud. Se apartaba de ellos con pena; pero comprendía que lejos de serles útil, les era gravosa, y que de todos modos tendrían que separarse hasta que los emigrados pudieran regresar á su patria. Presentó á Hermán, á quien tantos necesitados debían gratitud por el generoso donativo de ropas y de víveres; y por último manifestó que se iba con él á servir á los padres del mancebo, ricos hacendados que no dudaba serían buenos y cariñosos.

Dió el último adiós á todos y también al juez, á quien se mostró agradecida por haberla servido de padre en muchas ocasiones. Después se arrodilló junto á la enferma, á quien abrazó y besó, recibiendo sus bendiciones.

El anciano felicitó á Hermán, asegurándole que teniendo en su casa á Dorotea, no le faltaría una hermana ni á sus padres una hija.

Entre tanto llegaron muchos parientes de la enferma, que

le llevaban cariñosos presentes. Todos bendecían á Hermán por su resolución de llevarse á Dorotea, y varias compañeras de la joven dirigieron al mancebo miradas muy significativas, y más de una murmuró al oído de su vecina que si el amo se convertía un día en esposo, Dorotea no tendría motivos para quejarse de su suerte.

Hermán cogió de la mano á la doncella y exclamó:

—Ven, partamos. El día acaba y nuestra ciudad está lejos.

Las mujeres que rodeaban á la joven querían prolongar la triste y cariñosa despedida. Hermán pugnaba por llevarse á Dorotea; ella encargaba á sus amigas que saludaran en su nombre á los ausentes; los niños, llorando y asidos á su ropa, querían impedir la partida de su segunda madre. Por fin consiguió Dorotea desprenderse de ellos con dulzura, y Hermán la arrebató, no sin trabajo, á las últimas caricias, á las últimas palabras de despedida que desde muy lejos aún seguían dándola los emigrados.

CANTO VIII

Hermán y Dorotea.

Hermán y Dorotea marcharon en dirección del Ocaso, y el sol poniente, ocultándose tras una masa de nubes tempestuosas, iluminaba la campiña enviando sus rayos ardorosos á través de los girones de tan fantástico velo. Hermán hizo votos porque la tempestad se alejara sin descargar sobre aquellos campos, poblados de ricas mieses. Ambos se recreaban contemplando las suaves ondulaciones de las altas espigas, que podían ocultar á los que caminaban por entre ellas.

La joven rogó á su acompañante que le diera noticias del carácter de los que iban á ser sus amos, á quienes se proponía servir con esmero y cariño; porque sabiendo de antemano lo que les sería agradable, podría complacerlos más fácilmente.

El juicioso mancebo contestó aprobando que la joven procurara informarse de la condición de sus padres. La dijo que su madre estaría muy satisfecha, si la veía cuidar de la casa, como si fuera la suya propia; más no le había de ser tan llano contentar á su padre. El mismo Hermán se esforzaba en vano por anticiparse á sus deseos; de nada le servía trabajar con acierto y sin descanso en los campos y en las viñas; era inútil, porque su padre era difícil de contentar.

—Bondadosa joven—siguió diciendo Hermán—no me juz-

gues insensible si te descubro tan pronto, á tí que eres una extraña, los defectos de mi buen padre. Te juro que esta es la primera vez que mi lengua pronuncia tales palabras; pero á tu lado, mi corazón nada puede ocultarte. Mi excelente padre se paga mucho de las exterioridades de la vida: desea que se le demuestre afecto y respeto, y tal vez verá con agrado á un mal servidor que sepa adularle, en tanto que uno bueno, pero de carácter reservado, sólo conseguirá aburrirle.

Dorotea, apresurando el paso por el sendero, que iba estando cada vez más oscuro, contestó muy alegre:

—Confío en complacer á los dos. El carácter de vuestra madre es enteramente igual al mío; y en cuanto á las formas corteses, estoy acostumbrada á ellas desde niña. Nuestros vecinos los franceses cuidaban mucho de la buena educación; era común á los nobles, á los plebeyos y aun á los campesinos, y todos procuraraban que la poseyeran los suyos. También en la frontera alemana aprendían los niños á ir por las mañanas á dar los buenos días á sus padres, á besarles la mano y á mantenerse siempre respetuosos en su presencia. Yo dedicaré á vuestro padre cuantas antenciones me dicte mi corazón, á más de todo cuanto he aprendido y tengo costumbre de hacer. Más ahora, ¿quién me dirá cómo debo proceder con su hijo único y mi futuro amo?

Al decir esto llegaron al peral; la luna brillaba pura y hermosa: caía la noche, y los últimos resplandores del sol extinguíanse por completo. A la vista de los jóvenes se extendían grandes masas en direcciones opuestas: unas iluminadas como si recibieran la luz del día, otras envueltas en las sombras de la noche, Hermán oyó con delicia aquella pregunta amistosa, hecha bajo las ramas del corpulento árbol, en aquel lugar que le era tan querido, y donde había derramado aquel mismo día tantas lágrimas. Sentáronse para descansar, y él, tomando enternecido la mano de la joven, exclamó:—«Pregunta á tu corazón y obedécele fielmente en todo.»—Pero no se atrevió á decir una palabra más, aunque la ocasión era propicia. Tuvo miedo de recibir un no, y además su mano tocaba el anillo que antes había visto en el dedo de la joven. Los dos viajeros permanecieron algunos instantes en silencio, sentados uno junto al otro. Ella dijo por fin:

—¡Qué agradable es la clara luz de la luna! ¡Parece que es de día! Veo allá bajo perfectamente las casas y los de la ciudad. En aquella pared elevada hay una ventana; podría contar sus cristales.

—Esa que ves—contestó el joven—es nuestra morada, á donde voy á llevarte; y esa ventana es la de mi cuarto, que tal vez sea el tuyo, porque estamos haciendo reformas en la casa. Estos campos son nuestros; en ellos madura la

cosecha próxima. Muchos días vendremos á reposar á la sombra de ese árbol en las horas del calor, y aquí comeremos... Pero ya es tiempo de que bajemos por la viña y la huerta. Esos relámpagos anuncian que hacia esta parte se acerca una fuerte tempestad, y pronto nos ocultarán las nubes el hermoso disco de la luna.

Levantáronse entonces, y extasiados con la claridad de la noche, emprendieron la marcha á través de las ricas espigas, y pronto entraron en la sombra que invadía la otra falda de la colina.

Hermán ayudaba á Dorotea á bajar las toscas losas colocadas como escaleras debajo del emparrado. Ella avanzaba con lentitud, apoyadas las manos en los hombros de su guía; la luna les enviaba fugaces reflejos, y al fin, desapareciendo trás densas nubes, los dejó en una completa oscuridad.

Hermán iba sosteniendo con precaución á la joven, que inclinada hacia él, se dejaba llevar por aquella pendiente desconocida. Hubo un momento en que la joven se torció un pié y estuvo á punto de caer; pero Hermán extendió el brazo con prontitud y sostuvo á su amada; ella vacilante, se recostó sobre su hombro, y sin querer, las mejillas de Dorotea rozaron las de Hermán.

El quedó inmóvil como una estátua de mármol, contenido por el respeto, sin oprimir á la joven, resistiendo tranquilo el peso de tan dulce carga. Sintió junto á su corazón el calor y los latidos del pecho de su amada, aspiró el aroma de su aliento; pero, animado de un sentimiento noble y generoso, sólo trató de sostener á Dorotea.

Ella, disimulando su dolor, exclamó:—Es mal agüero, según dicen, tropezar casi en los umbrales de la casa, donde deseamos entrar. Detengámonos un momento, para que tus padres no te llamen torpe, al ver que les llevas una criada que no puede ir por su pié.

CANTO IX

Esperanza.

En tanto que los jóvenes se dirigían á la casa conversando amistosamente, la buena madre, triste, agitada, salía y entraba á cada momento de la habitación en que los tres amigos se hallaban. Al fin, no pudiendo disimular la viva inquietud que la tardanza de su hijo le producía, habló de la tempestad que se aproximaba, de las densas y amenazadoras nubes que cubrían el cielo y de los peligros que pudiera correr Hermán en el camino, censurando á sus veci-

nos porque habían abandonado tan pronto á su hijo, sin ver á la joven, sin participarle los deseos de Hermán.

El farmacéutico recomendó la calma á su vecina, recordando á este propósito que su difunto padre le curó la impaciencia, empleando un remedio eficaz para conseguirlo. Á instancias del párroco, que deseaba conocer medicina tan conveniente, contó el boticario que siendo aún niño, esperaba un domingo con impaciencia la llegada de un carruaje que debía llevarle al campo, y cuya tardanza le desesperaba. Corría de un lado á otro, subía y bajaba infinitas veces las escaleras, golpeaba en las mesas, daba en fin, muestras de la agitación de su ánimo, por el retraso del coche; y cuando aquellas demostraciones llegaron á ser violentas, su padre, cogiéndole cariñosamente de la mano, le llevó á la ventana y le dijo que se fijara bien en la tienda del carpintero de enfrente, entónces desierta y silenciosa. Algún día habían de moverse allí sin descanso el cepillo y la sierra, y el maestro y los oficiales trabajarían presurosos para construir su ataud, esa casa de tablas, última que habitamos, que recibe en su estrecho recinto lo mismo al hombre sosegado y tranquilo, que al nervioso é impaciente. Desde entonces—añadió el farmacéutico—no sólo aguardo con paciencia los acontecimientos, sino que cuando veo á una persona anhelante ó agitada por el retraso que sufre el cumplimiento de sus deseos, no puedo menos de pensar en en el ataud.

El párroco, sonriéndose, contestó que la imagen de la muerte no se ofrece al hombre cuerdo como objeto de espanto, ni al piadoso como su fin último, sino que lleva al primero á la realidad de la vida y le enseña lo que debe hacer, y al otro le alienta en sus aflicciones y fortalece su esperanza en una salvación eterna; siendo la muerte para ambos un manantial de vida.

Abrióse en esto la puerta, y apareció la gallarda pareja. Llenos de admiración los amigos y los cariñosos padres, se extasiaron ante la hermosura de la joven, comparable sólo á la gentil apostura del mancebo. Hermán la presentó á sus padres con breves palabras pronunciadas rápidamente. Rogó á su padre que la acogiera con bondad, porque era digna de ella; á su madre que la interrogara sobre toda clase de faenas domésticas, á fin de que viera que merecía tenerla á su lado. Después llevó al párroco aparte y le rogó que deshiciera el enredo que seguramente se produciría, pues la joven había consentido en ir á la casa, no en calidad de prometida, sino como criada; y él no la había desengañado, temeroso de que Dorotea huyera disgustada si oía hablar de casamiento. Excitó al párroco á que no retrasara un momento la solución de aquel conflicto, que le tenía angustiado, y el párroco lo ofreció así; pero

ciertas palabras pronunciadas por el dueño del *León de Oro,* habían entristecido el alma de Dorotea. El posadero la había dicho en tono burlón, aunque con buenas intenciones, que estaba muy contento al ver que su hijo se le parecía en tener buen gusto, pues lo mismo que él cuando joven, sabía elegir para prometida á una mujer hermosa, añadiendo que seguramente ella no habría vacilado mucho en decidirse; porque las mujeres no necesitan hacer grandes esfuerzos para seguir á los mancebos apuestos y galanes.

Hermán oyó á medias estas palabras, que le hicieron temblar. Todos los presentes guardaron silencio.

La hermosa joven, lastimada profundamente por aquel lenguaje burlón, dijo al padre, encubriendo mal su disgusto, que el joven, al pintarle el carácter noble de su buen padre, la había hecho esperar otra acogida; pero que veía que el amo de la casa no sentía compasión alguna por la pobre muchacha, que acababa de franquear el umbral de la puerta con intento de servirle. De otro modo no la daría á conocer con amargas mofas á qué distancia la había colocado el destino de Hermán y de su padre.

Dorotea no ignoraba su humilde posición: sabía que entraba pobre y con un pequeño lío de ropa por todo patrimonio en aquella casa, cuyos moradores gozaban de la abundancia, y conocía bien cuál era su puesto.

Hermán, lleno de pena, instaba por señas al párroco á poner término á aquella desagradable escena. Pero el sacerdote, después de observar con atención á Dorotea y al ver su emoción y sus ojos bañados en lágrimas, tuvo la inspiración de prolongar el engaño hasta después de haber puesto á prueba el alma de la joven, y la dijo que al decidirse tan pronto á servir á extraños, no había soñado siquiera con los graves inconvenientes que esto ofrecería. No es sólo el trabajo, que renace incesantemente, sino la obligación de sufrir el genio caprichoso del amo, sus regaños, sus órdenes contradictorias; y también las ligerezas de las mujeres, siempre dispuestas á encolerizarse y la dureza implacable de los niños. No le parecía que Dorotea reuniera las condiciones necesarias para ser una humilde criada, puesto que á las primeras é inocentes bromas del amo de la casa, se sentía herida en su amor propio. ¿Qué tiene de particular que un hombre anciano, al ver juntos á dos jóvenes que simpatizan, se permita darles una ligera broma?

Dorotea contestó:

—A los que son felices, no les parecen mal las chanzas; pero el enfermo no puede sufrir sin quejarse el más leve roce.

Pidió que la dejaran irse de nuevo con sus pobres amigos, á quienes había abandonado en su desgracia, buscando para sí mejor suerte. Por ser esta su resolución inque-

brantable, se atrevía á confesar lo que de otro modo no hubiera dicho; que la habían ofendido las palabras del padre, no por ser ella orgullosa, sino porque era cierto que su corazón se inclinaba hacia el joven que se le había aparecido como un salvador; pues desde que le vió su imagen la había acompañado constantemente y no podía apartar de su pensamiento la idea de que Hermán habría ya dispuesto de su corazón. Le siguió contenta cuando la contrató para criada, formando deliciosas esperanzas para lo futuro; mas ahora comprendía los peligros á que se exponía viviendo tan cerca de aquel á quien amaba en secreto, y de quien la separaba tanta distancia. Las palabras del amo de la casa la habían hecho darse cuenta de la realidad; había revelado los sentimientos más recónditos de su alma, para que juzgaran mejor de su corazón; y se alegraba de haberlos manifestado cuando todavía el mal tenía remedio.

—Ahora—siguió diciendo—nada puede detenerme en esta casa, donde me muero de vergüenza y de pena, después de haber confesado lo que mi corazón siente y las locas ilusiones que me forjaba. Ni la noche, que se va cubriendo de espesísimas nubes, ni el trueno que oimos rugir, ni los torrentes de lluvia que caen con violencia, nada me detendrá. Todos esos males los he arrostrado ya en nuestra triste fuga, y cerca del enemigo que nos perseguía. Vuelvo á emprender mi marcha; voy, como ya es costumbre en mí, arrastrada por el torbellino del tiempo en que vivimos. ¡Adiós!

Al decir esto se dirigió rápidamente á la puerta. Pero la madre se acercó á la joven, y estrechándola entre sus brazos, exclamó sorprendida:

—Dime, ¿qué significa esto? ¿Por qué son esas lágrimas inútiles? No, yo no te dejo partir; tú eres para mí la prometida de mi hijo.

El padre expresó el disgusto que le causaba aquella escena, y se quejó de haber provocado, por ser demasiado indulgente, las lágrimas y los sollozos de emoción, que tanto le molestaban, pues sin ellos podía arreglarse todo tranquilamente; y se alejó, decidido á acostarse. Pero su hijo le detuvo, diciéndole con voz suplicante que no se alejara encolerizado contra la joven, pues él sólo era culpable de aquella confusión, aumentada por la actitud del párroco, y excitó á éste á que hablara.

El digno párroco se alabó de su maña, y dijo que jamás la prudencia habría logrado arrancar la preciosa confesión de aquella hermosa joven, ni descubrir, por tanto, sus sentimientos. Aconsejó al mancebo que hablara, toda vez que ya debían haberse trocado en alegrías sus inquietudes.

Hermán se aproximó entonces á ella y la dijo:

—No sientas las lágrimas vertidas, porque son señal cier-

ta de mi felicidad y creo que también de la tuya. ¡Oh!, no; yo no iba á contratar como criada á la digna joven á quien volví á encontrar en la fuente; yo iba á solicitar su amor; pero en mi timidez no pude adivinar los sentimientos de tu corazón; no leí en tus ojos más que una amable simpatía cuando el cristal de la clara fuente me transmitió el saludo que me dirigías. Traerte á mi casa era para mí la mitad de la dicha, y tú ahora la has completado. ¡Bendita seas!

La joven levantó la vista, profundamente emocionada, y no se opuso á aquel primer abrazo, á aquel primer beso, que es para los que se aman el testimonio, por mucho tiempo esperado, de una felicidad que les parece que nunca ha de tener fin.

Entretanto el párroco dió todo género de explicaciones y la joven llegó con gracia afectuosa á inclinarse ante el padre, y le besó la mano, que él procuraba retirar. Le dijo que le perdonara aquellas lágrimas, arrancadas antes por la sorpresa y que entonces la hacía verter la alegría. Quería que aquel disgusto, causado por su turbación, fuera el último; pues como hija, se proponía prestarle el servicio fiel y cariñoso á que se había obligado como criada.

El padre la abrazó ocultando sus lágrimas. La buena madre se acercó á ella y la besó de todo corazón. La joven conservó entre las suyas su mano, estrechándola dulcemente, y las dos mujeres lloraron en silencio.

El bueno y prudente párroco se apresuró á sacar de los dedos del padre el anillo matrimonial, tomó después el de la madre y desposó á sus hijos.—«Sirvan otra vez estos círculos de oro—dijo—para anudar un lazo indisoluble y enteramente igual al primero Yo os uno para siempre, con el consentimiento de los padres y sirviendo de testigo nuestro amigo.»

Este se inclinó murmurando sus plácemes, y cuando el párroco puso la alianza de oro en el dedo de la joven, observó lo que Hermán había visto en la fuente y tan intranquilo le había dejado, con cuyo motivo la preguntó en tono festivo si celebraba sus segundas nupcias.

Ella contestó consagrando un recuerdo á la memoria del hombre que la dió aquella sortija al abandonar su país, que no debía volver á ver. Llevado del amor de la libertad, se trasladó á París, donde halló la prisión y la muerte. Al despedirse de ella, adivinó que aquella sería su última entrevista. La estimuló á acordarse de él siempre si le era adversa la suerte en aquella lucha que iba á emprender en favor de los derechos de la humanidad, y que si algún día formaba un nuevo lazo, profesara un puro afecto á aquel con quien se uniera, cuyo corazón sería bueno seguramente; pero que no estimara la vida más que cualquiera otro bien, porque todos los bienes son engañosos.—Yo recuerdo sus adver-

tencias—añadió—ahora que el amor me muestra de nuevo la felicidad y me ofrece las más dulces y bellas esperanzas. ¡Oh! perdona, mi excelente amigo, si aun apoyada en tu brazo, tiemblo todavía. Así también el náufrago, al llegar á la playa, cree que vacila el suelo más firme y sólido.»

Dijo, y colocó en su dedo los dos anillos juntos. Pero su esposo, lleno de generosa y varonil emoción, le contestó:

—Sean más fuertes nuestros lazos, Dorotea, en medio de este trastorno general. Nosotros queremos permanecer firmes y subsistir, defender nuestras personas y nuestras haciendas. El hombre en cuya casa no se encuentran en los tiempos de instabilidad más que cavilaciones y dudas, aumenta el daño y lo extiende cada vez más. Pero un alma fuerte é inquebrantable en sus principios, transforma el mundo á su antojo. No es propio de los alemanes propagar ese temible movimiento, dejarse ellos mismos arrastrar unas veces de un lado y otras de otro. *Esto es nuestro:* así debemos decir al hablar de nuestra tierra, y afirmarlo y mantenerlo con energía. Merecen gran elogio los pueblos valerosos y altivos que lucharon por su Dios y por su ley, por sus padres, sus mujeres y sus hijos, y unidos todos contra el enemigo, sucumbieron á sus golpes. Tú eres mía, y desde este instante son míos, más que nunca, todos los bienes que me pertenecen. Yo no quiero disfrutar de ellos ni conservarlos entre alarmas y sinsabores, no. Si el enemigo llegara á amenazarnos ahora ó en lo porvenir, quiero que tú misma pongas las armas en mi mano y me animes á salir á su encuentro. Seguro de que tú velas por nuestra casa y por mis amados padres, opondré sin miedo mi pecho al invasor; y si todos pensaran como yo, la fuerza se alzaría contra la fuerza y muy pronto brillaría la hermosa y santa paz.

FIN



IMPRENTA PARTICULAR

DE

La Ultima Moda

Enero de 1899